

## **TRISTES CLARINES**

Jesús del Real Amado

Los gritos, la belleza del paisaje, el drama que se contiene dentro, la emoción. Todo envuelto y resuelto a base de extrañas paradojas que acuden a nosotros en borbotones rebosantes de sangre y alcohol. La tranquilidad de la compra del pan, la rutina en la lectura del diario, el suave paseo, todo se altera por el colorido en los carteles callejeros que acompañan a otros, éstos, impresos en el ánimo, como si hubiera un gen generado por los años continuados de encierros que hubieran inscrito su huella, provocándonos cambios como lo hace el paso de las estaciones: sin saber muy bien por qué; hasta que miras el calendario y de repente, te encuentras invadido. Alterada queda la rutina, moteada por un cauce invasor, multitud ansiosa ante el exceso, y empieza... ¿qué empieza?, hemos de tener, aquí, cuidado con lo que escribimos.

El peligro de escribir sobre toros o sobre encierros es no remedar a ilustres escritores que ya lo hicieron, sobre todo a Hemingway, esa especie de gran oso blanco que sobredimensionaba aquello que narraba. Él introdujo un punto de vista exótico en nuestra mirada soterrada, más propia de la *Tauromaquia* de Goya y la pesadumbre de Gutiérrez Solana. Pero aquel yanqui malherido en su corazón europeo, con una vida y una vida en su final, propiedad ya de esos pintores, dio alas a un mito forjado en negro durante siglos, revistiéndolo de colores, convirtiendo en héroes a los paseantes. Otros pudiera haber tomado: Lope, Jovellanos, Machado, Lorca, Alberti, Picasso... Pero en aquellos dos, se contraponen con estrépito el *glamour* y el desencanto. Habiendo podido acudir hasta al mismo tipo de fiesta, uno, perdido mucho antes que esa *Generación perdida*, vería los caballos destripados, alrededor de una plaza ya vacía, hincharse de hedor y de inmundicia; mientras el otro paseaba por la Plaza del Castillo cual *flâneur* de la vida moderna que nos envolviera con los vestigios de aquellos locos años veinte.

De nada sirve la heroicidad al enfrentarse en carrera al toro. Las preguntas que a uno le vienen, a la hora de acceder al recorrido son más de tipo solanesco, con carga de profundidad, emboscadas, y se disipan en cuanto lo ves aparecer, todo el miedo se afana por provocar la incoherencia que se inicia con “para qué” y acaba en tranquila inhibición. Ante el toro, preguntas fuera, nos sorprende esa condición atávica del ser humano, relacionada quizá con alardes en lances de caza cuerpo a cuerpo, sin nuestras extraordinarias ventajas de ahora. Y basta el impulso de una mirada del compañero o la brevedad de un “¡vamos!” para que saltemos el cercado, pues somos los corredores los que accedemos a un espacio de libertad, cierto que corto y breve –como la vida- donde tomar decisiones vitales, decisivas para el trascurso del momento siguiente. A quienes contemplan solo les cabe emocionarse, de ahí la admiración por el enfrentamiento astado-osado que es capaz de alterarles. Enfrentamiento porque te colocas frente al toro, mirándolo, echando a correr aun le sigues mirando, dándole la cara, la frente.

Pero tú estás abajo, observado y observando; se trata de sobrevivir, aguantar los empujones del vecino, de competir por un puesto mejor que luzca más ante la mirada emocionada. No se trata de rivales, ni adversarios, ni enemigos; ni siquiera el toro lo es, puesto que a su lado eres insignificante y toda competición pierde sentido. Luego, si acaso, vendrá la corrida, otra cosa, no entro. Solo en la carrera sobrevive aquel espíritu del enfrentamiento desnudo. Mides, aguantas, le acompañas y te pasa. Siempre pasa el toro, que corre más que tú. Importante es por dónde lo haga.

Estamos, decíamos, en el recorrido, aguantando empellones, buscando con la mirada aquellas astas que nos avisen. ¿Qué te preguntas? -nos dicen. Nada, el miedo te invade, aquel instinto atávico hace que te protejas encendiendo todas tus alarmas. Hasta el salto, has estado viviendo, acaso como Solana, con esas preguntas de la *veta brava* española, donde la intrahistoria se vuelve feligresía piadosa o tumultuosa barbarie, esa magnífica vitalidad en propiedad siempre de otros cauces. Cuando cesan las preguntas te invade el espíritu de Hemingway y el abigarramiento de la fiesta se hace más patente, empastado uno ya en el variado multicolor.

Tensas las piernas dando pequeños saltos, tratando de ver por encima, de otear el horizonte de aquella explanada lejana en nuestra memoria. Desentumeces brazos y cuello girándolos. Saltos hacia el cielo y pequeños círculos. Una vez acabado el lenguaje de las palabras, empieza el de los gestos, como si quisiéramos entrar en comunidad mística, en trance, olvidar y olvidarnos, para, sublimados, flotar volátiles. Pero no, ves, de repente que se acerca. Se acerca perdonando vidas; es lo que ve quien desde arriba grita. Tú sólo ves que se acerca más y más, sin pararte a pensar si es retinto o jijón, jabonero o cenizo, albardado o coletero, según va diciendo el entendido de las ondas. A su decir cada astado será cornigacho o cornivuelto, mas a ti ni un solo mogón se te aparece, y aunque lo fueran, todos veletos, bien armados, se te vuelven. La distancia, entonces, no se calcula en metros, no la calcula la vista – en parte atrofiada, como hemos visto por el cronista-, mide el oído. Primero sientes retumbar ligeramente el asfalto, los pezuñazos contra él te advierten, como si un potente coche te fuera a embestir y te avisase, también por segunda vez: un bramido y no una bocina, y luego un bufido, y otro más, hasta que la respiración del toro acompasa, no tu respiración, sino tus apresurados pasos. Porque tú, en los segundos que dura tu carrera, no respiras, el morlaco parece acaparar todo el aire en derredor y en tu desesperación has aspirado todo lo que dan de sí tus pulmones con el ansia de elevarte y volar de una vez, que para eso diste los saltos de calentamiento, no tanto por los músculos, sino por ver si alzabas el vuelo.

Hablábamos de comunidad mística y los encierros, en cierta manera son como las procesiones, donde cada santo tiene un determinado paso, así cada toro, la pasión y la sangre unidas, el quejido y los requiebros. En volandas, deprisa; guardando las formas, sin manosearlo; rogando que no te caiga encima. Si no es marrajo que derrote, el toro a la carrera, en manada, no tiene por qué presentar malicia, así, dándole su distancia, sin entorpecerle el paso o desviarle la mirada, sólo tienes que saber aguantarle a tu lado, cerca. Acomodada la marcha, en breve te alcanzará y deberás dejarlo partir. Ahí vemos como la nobleza del toro supera a la de esos bípedos ápteros que lo citan o soban el lomo del cornúpeta como si le saludaran, reconociéndose, por tanto, uno de los suyos. Son cientos de imbéciles los que se libran de una cogida por mor de demostrar una equivocada heroicidad. Correr delante de un toro no es cosa de héroes, pues no estamos ante una tragedia donde el oráculo hubiera vaticinado la muerte; ni ante proezas ni gestas épicas que tengan luego que ser cantadas. No digo yo, que no haga falta cierto valor, cierto temple, luego contado y exagerado en los bares. Pero no se trata de llegar al toro y subirse a él como si en vez de un corredor, fueras una ménade alocada por echarse encima del toro dionisiaco, o la bella Europa raptada por Júpiter, en *taurus* metamorfoseado. Se trataría, más bien, de mirar la testuz y

aguantar la mirada al toro, hoy que apenas sabemos ya mirar de frente, sino de soslayo o humillando; el valor es ése, aguantarlo.

Echate poco a poco a un lado, procurando no estorbar a quien viene detrás, hasta refugiarte en algún lugar acordado, o bien, entrar con el toro en la plaza, donde más tarde se libraré otra fiesta, a la que nos da por llamar de los toros, preguntándome las ganas que tendrán los animales en participar de semejante algarabía. Viendo los grabados de Goya, o los cuadros de Solana, tanto a los aficionados como a los que no lo son les parece una salvajada la matanza de caballos que acaecía, por no hablar de la de los perros. Parece que en las plazas grandes se suprimen lances o suavizan formas; pero esa es otra historia, otra fiesta. El ritual que dejó paso a la fiesta, la muerte del toro la lleva aparejada. Crueldad, en todo caso, que no sucede en el encierro. Ahora es prematuro, pero quizá en un futuro podría verse como forma autónoma, tal cual, sin más muertes que las fortuitas.

¿Cuántas veces corremos un encierro? Depende si nos ponemos en plan Hemingway o Solana. Todo ese aire contenido durante el recorrido ha hecho de ti un sobreviviente más liviano, ligero, cuasi alado. Acostumbrados a los embates de los corredores, te mueves, ahora, entre la gente, entre los chiquillos en una forma que está más cerca de deslizarse que de andar. Alguna pequeña señal puede delatarte: el periódico arrugado, ese pequeño chismorro cazado al viento – no olvidemos que todos tus sentidos son puestos al límite – que te señala y delata como corredor. Estás casi flotando y necesitas lastre que te mantenga en tierra firme, entrando en el bar por él. Lo popular y fácil es dejarse llevar por unas cuantas cañas o vinos, al tiempo que cuentas una y otra vez la carrera, de manera que la primera vez el toro está a tres o cuatro metros para que en la sexta o séptima no te expliques cómo tan afilados cuchillos pasaron rozándote el pantalón que en un alarde de agilidad esquivaste con ayuda del santo protector.

Entré en la plaza con el toro cerca, pero sin llegarle a sentir. Me aparté hacia la izquierda al llegar al tercio, nada más pasar la raya de picadores, mientras la manada era recogida por los recortadores y el estrépito empezaba a surgir, prefigurando ya a aquellos que pedirán la sangre en la tarde. Seguro que si hubiera tenido el toro detrás bufándome hubiera encarado la barrera con la facilidad de los corredores de cien metros vallas, ahora, en cambio, con gran esfuerzo, tomé el olivo y por el callejón enfilé hacia la salida, necesitaba agua para reconocer mis labios secos, para que mi garganta reseca pudiera siquiera emitir quejido.

Llegué al bar donde sabía que iba a encontrarme con mi compañero de fatigas, con dos miradas ya estaba todo dicho. Son miradas de reconocimiento, de descanso. Apuré el agua, pedí un vino. La conversación, breve, con algunos apuntes técnicos a mejorar. Lo malo empieza cuando llegan familiares y amigos. Hay que explicar lo que has sentido, cómo has podido aguantar tanto, en fin todo aquello se desglosa en un sinfín de detalles que para ti han transcurrido en breves segundos. La distancia al toro, ahora, va a ser proporcional al grado de parentesco familiar, cuanto más afín, más próximo has estado de la cogida, que era inevitable si no hubiera sido por tu pericia. Es el espíritu Hemingway que tiende a invadirlo todo de heroicidad. Debes ajustarte los machos y mantenerte apegado a la tierra, o por lo menos a la barra del bar. Ese espíritu te impele a beber y beber y relatar y relatar, tu mirada se vuelve un

mecanismo y tú un estudio, un plató, capaz de repetir la faena como grabada por televisión.

En una hora ya pasó todo. Sin el periódico arrugado y las charangas recorriendo las bulliciosas calles, vuelves a andar como todos. ¿Qué hacer, seguir bebiendo y machacarte, o tomar botellines de agua para estar fresco a la mañana siguiente? Esto sí tiene algo de heroico, mantener la sobriedad en medio de la tempestad de alcohol. El sugerente Baco con su séquito, pasa al lado del atleta que debiera mantenerse firme si opta al laurel. Pero esto no es cosa de héroes, así que los blancos van cayendo, de forma que una siesta reparadora nos reponga, no sólo de la ingesta sino de la noche anterior.

Cuando decides correr un encierro, no sabes lo que has dicho hasta unos días antes. Una semana antes te empiezas a replantear aquella palabra que diste y las noches ya nos son tan calmas como antes. El miura o el vitorino se aparecen ante ti, tan altos que te sacan una cabeza. Corres y te desesperas, porque todo lo que no avanzas, lo hace el toro con suma facilidad, se planta en tu espalda y te levantas de la cama, vas a la cocina y bebes un vaso de agua, la misma boca reseca.

Cuanto más te dicen tus familiares que no corras, más te empeñas en hacerlo. Aunque por las noches sea difícil dormir. Unos blancos a la mañana, los tintos de la tarde, unos combinados cargados en la noche, parecen apaciguar los nervios. Pero no duermes, tu cita en la mañana mantiene viva la alborada, incluso en la noche cerrada.

Puedes beber tanto que el inconsciente te mantenga así hasta que pase el encierro y el miedo. Beber tanto, solo es aherrojado en ciertas novelas, que ni siquiera están así escritas. No se trata de correr bajo una ley de sequedad absoluta. El añorado punto, es tan sutil, que es difícil cogerlo y quedarse con él. Esta perorata no sirve de nada, pues todos hemos corrido con alguna copa de más y entonces te das cuenta que llevabas a Hemingway de sobrepeso, pasando al drama solanesco, cercar con su negra línea la figura de esqueletos.

Siluetas negras como saetas te parece la torada, ante ti, de repente llega, corres y te vas. Parece increíble que luego en el bar puedas recordar detalles. Cómo miraba aquél, la palidez en los rostros, el aspecto serio, las frases inconexas y sin respuesta. Entre tanta repetición, un momento de silencio, tuyo, interior -¿mañana, lo volveré a hacer?- y casi sin pensar, vuelves a brindar por la carrera ya pasada, y de paso ya, por la de mañana. Brindis que te pesará en la madrugada. Pero hasta entonces recorres la feria con cierto regusto, todo te sabe a novedad. Aún habiéndola recorrido el día anterior, después de correr, todo parece volver de nuevo. En realidad has sido tú quien se ha ido y has regresado. Breve pero intenso viaje. Has de volver a configurarte aquel semblante desencajado, dar consistencia y peso a un cuerpo casi evaporado.

Hoy hemos decidido no correr, han sido muchas copas y son muchos los kilos para estas cansinas piernas más acostumbradas a posarse encima de una mesa y contemplar la pantalla, que correr extrañadas, allí por donde suelen ir andando. La tranquilidad del que no corre riesgos te invade, ahora estás al otro lado, en el cercado, formas parte de una reala, eres un manso.

Te paseas, invitado, camino del balcón, para conseguir la altura que antes lograbas sudando, ahora de prestado. Bien mirado, tiene cierto encanto, guardas más los tiempos, te das cuenta de todo. En el recorrido, suena el chupinazo y ya están los toros delante de ti. Ahora suena, los ves salir, la gente

en la plaza entrar, los corredores prepararse y correr, analizar la carrera, disentir en quién es mejor y, entre discusión y discusión, llegar, como no, al bar. Esta vez, también te encuentras reseco, porque secretamente tampoco has desayunado no vaya a ser que en el último momento te diera la ventolera y corrieras. La resaca de ahora es el resquemor, y no solo a la garganta afecta, sino que te invade y el agua no lo anega, ni los vinos, ni las cervezas. En el paseo, lo que antes te parecía nuevo hoy parece ajado, y el alcohol antes jolgorio, ahora te aparece convertido en chorros de orín por las callejas.

Son las cinco de la tarde, anuncia el clarín el comienzo de la corrida, nunca anunciara su preclaro sonido tan triste inicio. Te ha invadido Solana y Hemingway quieres ser, pero tranquilo también Falla o Joaquín Vidal puede aparecer.